

para leer todo lo que tengo que leer. Me voy á convencer de que es un bien para mí vivir así durante algún tiempo. Convengo en limitar mis estudios sobre la India y sobre mi viaje á nuestro país, porque así como el ejercicio favorece, como es sabido, la digestión, puede ser que algunos meses de ocupación oficial y trabajo parlamentario hagan más nutridos mis estudios.

Pero la carrera parlamentaria de Macaulay no fué tan tranquila cuando se aventuró á salir de las mansas aguas del ministerio de la Guerra para engolfarse en los mares tempestuosos de la política general. Apenas había comenzado la legislatura de 1840, cuando sir John Yarde Buller presentó una proposición declarando existir en la Cámara falta de confianza en el ministerio—proposición que los tories apoyaron con toda la fuerza de sus votos y pulmones. Por la primera vez en su vida, y como él mismo confiesa de buena voluntad, por la última, Macaulay no llegó á conseguir que se le oyese atentamente. La segunda noche del debate sir Jacobo Graham hablando con la acrimonia que un hombre de cierto carácter afecta cuando está atacando antiguos aliados suyos, con poderosa invectiva razonó su discurso con alusiones dirigidas á propósito de lo del castillo de Windsor, aguijoneando así la animosidad insolente de las filas de la oposición. Cuando Macaulay se levantó á replicar, las indicaciones de aquella animosidad habían sido tan manifiestas que comenzó su réplica con una llamada á la tolerancia. «Confío—dijo él—en que cuando el primer ministro del gabinete tercié en el debate, puesto que ha de tomar parte en él por tratarse de una cuestión tan importante como es la de saber si el gobierno merece ó no la confianza del Par-

lamento, encontrará en los representantes del país algo de aquella generosidad y buen tacto que han distinguido hasta aquí á los caballeros ingleses.» No habían aún salido de sus labios las palabras «primer ministro del gabinete» cuando su adversario, eligiendo de propósito aquellas palabras para darlas mal sentido como si fueran puestas delante de una absurda demanda del primer lugar en el gabinete, prorrumpió es una tempestad de vehemente ironía capaz de desconcertar á O'Connell. Macaulay, quien para hablar mejor necesitaba la simpatía ó al menos la indulgencia de su auditorio, dijo todo lo que tenía que decir, pero lo dijo sin espíritu ni espontaneidad y no consiguió mantener el entusiasmo de sus oyentes al menos á la gran altura á que los mantenía en sus trabajos parlamentarios, por lo que en cierto modo puede éste contarse como un fracaso (1).

Algunos días después encontró á sir Jacobo Graham en el parque, quien le manifestó la creencia de que nada que pudiera parecer rudo ni ofensivo se había escapado de sus labios. «Nada de eso—dijo Macaulay;—únicamente creo que su discurso le habría salido mejor todavía si no hubiese usted adoptado las burlas ya gastadas por los periódicos á propósito de mi carta de Windsor.» El día 7 de Abril, sir Jacobo mismo presentó un voto de censura al gobierno por

(1) Con ocasión de corregir Macaulay en 1853 sus discursos para publicarlos, escribía en su diario: «Trabajo bastante, pero sin mucho ánimo, en el infortunado discurso acerca de la proposición de Buller en 1840, una de las pocas cosas desdichadas en una vida afortunada. No puedo concebir por qué no tuvo éxito, pues es superior á muchos de mis discursos que mayor le han conseguido. Pero, como decía Demóstenes, el poder de la oratoria reside tanto en el oído que escucha como en la lengua que habla.

haber puesto al país en guerra con la China. Macaulay, que otra vez le siguió en el debate, alcanzó un éxito brillante é indudable en una oración coronada por un noble tributo á la majestad de la bandera británica, totalmente incomparable como ejemplo de aquella suerte de retórica que habla con fuerza el corazón de la Cámara de los Comunes (1). Cuando él halló de nuevo á sir Jacobo, le dijo éste: «En nuestro último encuentro, ningunas otras armas que las cortes se han usado por una y otra parte; temo que la opinión pública se incline á creer que usted ha tenido la mejor parte en la lucha. Respecto al empleo de armas cortes, diré á usted—contestó Macaulay—que mis intenciones no son tan malas como las de usted, pero, en fin, jamás escriba usted una carta en Windsor.»

(1) «Me ha conmovido mucho, así como á otros señores, un episodio de uno de los despachos del capitán Elliot. Me refiero á aquel en que describe su llegada á la factoría en el momento de mayor peligro. Tan pronto como desembarcó se vió rodeado por sus compatriotas, todos en un estado angustioso de miseria y desesperación. La primer cosa que hizo fué trasladar la bandera inglesa desde su bote á uno de los balcones del edificio, con lo que vió revivir inmediatamente los corazones de aquéllos que un minuto antes parecían tener perdidas todas sus esperanzas. Era natural que aquellos infelices miraran con alegría y confianza aquella bandera victoriosa, porque les hizo recordar que pertenecían á un país que no estaba acostumbrado á la derrota, la sumisión ó la ignominia; á un país que ha exigido reparación por las injurias inferidas á sus hijos, y ha dado oídos á todas las reclamaciones de sus hijos á un país que ha hecho al bey de Argel humillarse hasta el polvo ante su cónsul insultado; á un país que ha vengado las víctimas de Black Hole en el campo de Plassey; á un país que no ha degenerado desde que el gran protector juró que haría el nombre inglés tan respetado como lo haya sido jamás el de ciudadano romano. Ellos comprendieron que, rodeados como estaban por enemigos y separados por grandes océanos y continentes de la madre patria, lejos de todo auxilio, ni un caballo de su cabeza podía arrancárseles impunemente.»

Sus adversarios hicieron grandes elogios de Macaulay cuando quedaron reducidos á la impotencia frente al carácter de aquel hombre público contra el cual siempre se estrelló la malicia.

Durante las legislaturas de 1840 y 1841 tuvieron lugar unas series de discusiones confusas y más ó menos encolerizadas acerca de una multitud de proposiciones que se referían al registro de votos en Irlanda, presentadas por las diversas fracciones de la Cámara y con toda la diversidad posible de puntos de vista. En estos debates Macaulay dió señaladas pruebas de poseer una rígida instrucción legal, que no era ciertamente la menos valiosa y duradera recompensa de sus trabajos en la India. Sosteniéndose contra Sugden en los argumentos técnicos, reforzaba sus puntos de vista con su acostumbrada riqueza de lenguaje y cultura, una parte de la cual iba desgraciadamente á perderse entre sus labios y la galería de los periodistas. «Casi cada cláusula de esta proposición se distingue por sostener lo injusto contra las reclamaciones efectivamente justas. Permitidme suponer el caso de un hombre de gran riqueza y de temperamento imperioso, obstinado y arbitrario—uno de esos hombres que se preocupan mucho de los derechos de la propiedad y poco de sus deberes; permitidme suponer á dicho hombre deseando gastar seis ó siete mil libras en un año en asegurarse el dominio en una provincia—ambición que como cada uno de nosotros sabe no es imposible en Inglaterra; este hombre logrará, si vuestra proposición llegara á ser ley, el fin que se proponía. Yo no quiero mencionar alguna reciente transacción, ni mezclar personalidades en este debate serio; pero nadie ignora como un cierto hombre, ya muerto, provocado por la oposición que se le hacía en

una ciudad determinada, juraba que él quería hacer crecer la hierba en sus calles; y como mantuvo su promesa, otro gran personaje arrojó cuatrocientos votos en un condado, dando además comienzo á doscientas veinticinco acciones civiles. Hombres semejantes pueden con facilidad dominar un condado irlandés, para lo cual no necesitarán más que desprenderse de una pintura de su galería ó de una joya antigua de su colección.»

El conflicto no siempre fué conjurado, á pesar de aquella escrupulosa abstención de transporte de personalidades.

*Jueves 11 de Junio.*—Voy desde la oficina á la Cámara, que se estaba ocupando del bill de Stanley sobre el registro en Irlanda. Aquella noche la sesión fué verdaderamente borrascosa. No he visto jamás comportamiento tan impropio ni oído lenguaje tan insultante en el Parlamento. Lord Norreys había perdido el juicio y alborotaba de un modo espantoso. Lord Maidstone tenía unos modales tan descompuestos, que yo creo que estaba ebrio. Por fin, después de largo tiempo de conducirse casi todos de un modo excesivamente grosero, por lo que lord Eliot me expresaba su disgusto, tuvo lugar un tumulto atroz. O'Connell fué tan rudamente interrumpido, que usó la expresión «bramidos bestiales». Entonces se levantó un alboroto tal como no lo produce el populacho en el teatro de Covent Garden, ni le iguala un tumulto de marineros. Por todos lados hombres de pie agitando los puños y gritando con toda la fuerza de sus pulmones. Freshfield, que estaba en la presidencia, se hallaba enteramente fuera de su elemento, y olvidando la situación en que se hallaba la Cámara en aquel momento, se imaginaba estar en la Sala Exeter ó en Crown y Anchor, y decía:

«En vista de haber muchos miembros de la misma opinión, hagan el favor de expresarla levantando las manos»; fué completamente incapaz de poner el menor orden en aquella tormenta que se le vino encima. O'Connell bramaba como un toro, y nuestras gentes y yo entre ellos, deplorando y condenando su violencia, creíamos que era en parte explicable por la provocación que la había precedido. Carlos Buller habló con talento, como siempre lo hace, y con la seriedad, dignidad y propiedad que jamás abandona. Una escena corta, pero muy interesante, tuvo lugar entre O'Connell y lord Maidstone, que en aquel tumulto pasó desapercibida para muchos y que yo conservo cuidadosamente. «Si, decía lord Maidstone, la palabra brutal se retira, yo me doy por satisfecho; de lo contrario, no. No me preocupo de que el noble lord quede ó no satisfecho. Yo deseo dar á usted mi satisfacción. Aconsejo al noble lord que lleve su embriaguez de un modo tranquilo. Por último, el tumulto concluyó por cansancio físico, que vino cuando los agitadores constantes de la oposición llevaban gritando desde las seis sin dejarlo un momento.» Fuí á mi casa con dolor de cabeza y desanimado. Pero ¡cuán diferente la estructura de mi inteligencia de lo que era hace dos años! ¡Cuán profundamente la felicidad doméstica ha cambiado toda mi manera de considerar la vida! Tengo mi parte de inquietudes, molestias y ambiciones, pero ahora constituyen tan sólo un elemento secundario en mi vida.

Noviembre, 1839.

Querido Napier: Devuelvo el escrito sobre Clive, rogándole se acuerde usted de dejarme revisarlo nue-